



# «La escritura nace de una guerra»

«Pecadillos de juventud», así califica Juan Manuel de Prada los relatos de «El silencio del patinador». Una nueva edición del libro, ampliada, coincide con los artículos de «Nadando contra corriente»

Que veinte años no es nada, asegura el tango. ¿Cómo que no? Que se lo digan a Juan Manuel de Prada. Quince años le separan del joven que publicó *El silencio del patinador*, y veinte, del que los escribió. El vértigo y la nostalgia se mezclan con los recuerdos. Es hora de volver la vista atrás. De hacer balance.

**Ha calificado los relatos de «El silencio del patinador» como «pecadillos de juventud». ¿Qué siente al releerlos?**

La impresión es la misma que uno tiene cuando ve una fotografía de juventud: por una parte, añora aquel sol de la infancia, pero al mismo tiempo piensa «Qué forma tan ridícula de vestir, qué pintas». Además, siempre resulta incómodo ver la gente que te acompaña en la foto: amigos que han desaparecido de tu vida por razones diversas, porque te traicionaron o tú los traicionaste... En definitiva, sientes una extraña incomodidad. Y nostalgia. Creo que al escritor le ocurre algo semejante cuando se asoma a obras de otro tiempo. En mi caso, siento bochorno: cosas a las que en aquel momento prestaba mucha atención, ahora las considero nimias, y al revés. También siento añoranza de la espontaneidad o de la irreverencia con la que trataba mi vocación. Y siento cierto sonrojo ante errores que ahora no habría cometido. Estuve tentado de quitar alguno de los cuentos o de cambiar el texto, pues mi sintaxis era todavía titubeante; pero decidí que eso era falsear mi biografía. He revisado los relatos, pero no he hecho grandes cambios.

## SIN MÁSCARAS



**EL SILENCIO  
DEL PATINADOR**

**JUAN MANUEL  
DE PRADA**

Destino  
Barcelona, 2010  
282 páginas, 19 euros  
★★★★★



**NADANDO  
CONTRA CORRIENTE**

**JUAN MANUEL  
DE PRADA**

BuenasLetras  
Madrid, 2010  
325 páginas, 29 euros  
★★★★★

**E**n ese siniestro baile de máscaras que dimos en llamar posmodernidad, la coherencia es subversiva. Así lo reconoce Juan Manuel de Prada al final de *Nadando contra corriente*, conjunto de artículos publicados en ABC, el suplemento *XL Semanal* o *L'Osservatore Romano*. Ser «marciano» en estos tiempos ridículamente correctos se le antoja un honor, que defiende con inequívoca voluntad de estilo: «Hay quienes me reprochan [...] que utilice un lenguaje y un 'discurso' totalmente anacrónicos o intempestivos; y es el mejor elogio que pueden hacerme, incluso cuando lo dicen para vituperarme...». Porque si algo detesta De Prada es regurgitar las consignas de eso que denomina el «Mátrix progre»: suscribir sus silogismos tramposos, emular las rutinarias y premiadas escrituras «transgresoras».

### Erotismo fetichista

Un programa literario que mantiene incólume desde que en 1995 dio a la imprenta su paródico *Coños* y *El silencio del patinador*, una docena de relatos que ahora se incrementan con tres piezas en la reedición de Destino. Escritas entre los diecinueve y veinticinco años, para ganar premios literarios en provincias, historias como «El gallito ciego», «Las noches galantes», «Las noches heroicas» o «Concierto para masonas» maridan el erotismo fetichista de protagonismo femenino con una visión crepuscular de

la bohemia que culmina en el relato biográfico sobre Pedro Luis de Gálvez, núcleo duro de la mejor novela pradiana: *Las máscaras del héroe* (1996).

Descubrir o releer esas narraciones de juventud –a las que se incorpora «El Centinela del Bosque», «El chambelán» y «Las antípodas»– permite constatar esa coherencia estilística que mantiene vasos comunicantes con los artículos de *Nadando contra corriente*, título que constituye toda una declaración de intenciones.

### Aguas turbulentas

Cuando escribe en la Prensa, De Prada planta cara, sin máscaras, al progresismo dominante. Como Bogart en *La reina de África*, se lanza en un barco de papel a desafiar el pensamiento líquido de las éticas indoloras o «licuadas» del relativismo moral. Se declara católico, apostólico y romano, y en cada tramo de su travesía por aguas turbulentas defiende la vida contra el aborto y la eutanasia; la religión cristiana frente al laicismo comodón; y prefiere los surcos de la edad a la silicona.

Barroco para unos, genio del cristianismo para otros: nadie puede regatear a De Prada su férreo compromiso con un estilo literario que conjuga con un catolicismo sin complejos para soslayar las modas amorales. Esa voluntad de «extrañeza», esa condición «marciana» en la tierra baldía posmoderna constituyen sus señas de identidad. Una voz propia contra la cháchara progre y la barahúnda mediática.

SERGI DORIA

narrativas e intentando, a partir de la imitación de los maestros –Borges, Felisberto Hernández, Valle-Inclán, Francisco Nieva–, encontrar un tono, una voz propia. Yo escribía para participar en pequeños concursos. La mayor parte de los cuentos que figuran en este libro, salvo excepciones, fueron los que menos fortuna obtuvieron. Incluí los más osados, los más insólitos, los más surrealistas, los más extraños. Los escribió alguien empachado de literatura, alguien que estaba descubriendo los resortes de la literatura, alguien que vivía la literatura de una forma muy distinta a como yo la vivo hoy. Releerlos es un ejercicio de recomposición: aquí están mis inquietudes, mis obsesiones, mi mundo narrativo. Me doy cuenta de cómo he evolucionado, pero también de cómo hay una lealtad a determinados asuntos.

Uno de los relatos, «Hombres sin alma», procede de «Una temporada en Melchinar», de 1992. Un libro hoy inencontrable, casi secreto. Su primer libro.

Con él gané el Premio Ramón Gómez de la Serna, cosa que me hizo mucha ilusión, porque en aquellos tiempos yo era un enamorado de Gómez de la Serna. Entonces era un amor efervescente, pero, como ocurre con el amor conyugal, se aquieta, se pacifica... *Una temporada en Melchinar* es un libro que se publicó en una edición no venal, muy restringida. Todos sus cuentos, de tono entre satírico y fantástico, a lo Bioy Casares, estaban ambientados en un balneario. Los escribí cuando tenía entre dieciocho y veinte años.

### ¿Se reconoce en todos estos relatos?

Bueno... Creo que no somos uno, somos muchos sucesivos. Cuando escribí *El silencio del patinador* sí me consideraba uno, porque hay una edad en la que te crees invulnerable, eterno, plenamente constituido. Luego te das cuenta de que vas cambiando. Esos cambios, a lo largo del tiempo, son imperceptibles, pero cuando te enfrentas a lo que hiciste veinte años atrás, notas el abismo. Más que reconocermelo, lo que reconozco es al que fui, al que era. Eso, de alguna forma, te ayuda a manejar con una cierta modestia lo que haces hoy. Hoy estás convencido de algo de lo que a lo mejor, dentro de veinte o treinta años, reniegas.

La reedición de «El silencio del patinador» coincide con un nuevo volumen de artículos, «Nadando contra corriente». ¿Contra qué nada Juan Manuel de Prada?

Contra todo. Para mí, la vocación literaria está muy próxima al inconformismo y a la rebelión frente a lo establecido. Si me preguntaran cuáles son las condiciones fundamentales de un escritor, o de un artista en general, diría: tener una sensibilidad marginal –es decir, que tu percepción de las cosas sea muy distinta a la de la generalidad– y encontrarte muy a disgusto en el mundo. Son dos condiciones complementarias: una persona feliz, que se encuentra a gusto, es imposible que escriba. La escritura nace de una insatisfacción profunda, de una guerra insomne con el tiempo que te toca vivir.

¿Y no será que, en el fondo, tiene alma de polemista?

Sí, me encanta polemizar. Creo que llevar la contraria es la única manera de sobrevivir, la única justificación del escritor. Estar a favor de los tiempos es, casi, firmar tu sentencia de muerte.

ANTONIO FONTANA

**«MÁS QUE  
RECONOCERME  
EN ESTOS  
RELATOS,  
RECONOZCO  
AL QUE FUI, AL  
QUE ERA»**

Escribió las historias de «El silencio del patinador» entre los diecinueve y los veinticuatro años. ¿Cómo era aquel Juan Manuel de Prada?

Ante todo, era un Juan Manuel de Prada que estaba en la Universidad. Estudié una carrera por no provocar una tragedia familiar. Pero, en honor a la verdad, a partir de segundo de carrera, dejé de ir a clase y mi dedicación al estudio fue mínima. Los años de la carrera me los pasé viendo películas, leyendo y escribiendo; una vida muy monacal, la verdad. Yo no existía nada más que para mi vocación, que entendía como un sacerdocio. Era un chico de Zamora que estudiaba en Salamanca y vivía totalmente desconectado del ruido del mundo.

### ¿Por qué eligió Derecho?

Era la carrera más socorrida. Había estudiado Letras y sólo tenía claro que no quería estudiar Literatura. Consideraba que el escritor no debe tener una formación académica. Ahora no defendería esto con tanto ardor, pero sigo considerando que un escritor demasiado consciente de su herramienta –el lenguaje– está prisionero. El escritor debe ser un poco bruto, debe actuar un poco por impulso, debe tener un cierto desconocimiento de las argucias del lenguaje. Disfrutará al ir descubriéndolas.

### ¿«El silencio del patinador» es su prehistoria literaria?

Sí, son los cuentos de un diletante, de un chaval que está explorando nuevas fórmulas

ELENA CARRERAS